

Entre los poetas míos...



Otto René Castillo

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

Entre los poetas míos...

Otto René Castillo

(1936-1967)

Poeta guatemalteco nacido en Quezaltenango el 25 de abril de 1936. A los diecioscho años, debido a su oposición al golpe de Estado que derrocó el gobierno de Jacobo Arbenz, hubo de exiliarse hacia El Salvador.

En 1953 fue nombrado presidente de la Asociación de Estudiantes de Postprimaria.

Un año más tarde tuvo que exiliarse a El Salvador por su oposición al golpe de estado contra Jacobo Arbenz perpetrado por tropas mercenarias apoyadas por la CIA. Allí continuó su activismo revolucionario, mientras iba sobreviviendo trabajando en variados oficios

En El Salvador colaboró con la organización de intelectuales progresistas. Fue íntimo amigo de Roque Dalton.

En 1958 regresó a Guatemala para ingresar en la Universidad de San Carlos donde comienza a estudiar Derecho y Ciencias Sociales. Obtiene una beca para estudiar en la desaparecida República Democrática de Alemania, residiendo durante tres años en Leipzig.

En 1964 regresó a Guatemala, compartiendo la actividades culturales con la lucha armada.

En 1965 fue detenido y enviado nuevamente al exilio. Nombrado representante de Guatemala en el Comité Organizador del Festival Mundial de la Juventud en Argelia, recorre diversos países durante algunos meses.

En 1966 regresa clandestinamente a su país para incorporarse a la organización guerrillera, donde ocupa la responsabilidad de propaganda y educación.

En marzo de 1967 fue herido en un combate y detenido nuevamente por las tropas mercenarias de Méndez Montenegro junto con su compañera Nora Páiz. Tras ser torturado y mutilado brutalmente, finalmente fue quemado vivo entre el 19 al 23 del mes de marzo de ese mismo año 1966. Sólo contaba 31 años de edad, antes de que su poesía arribase a la más alta depuración estilística.

Premios: Torneo Estudiantil Centroamericano de poesía (1955 y 1956).

Premio Autónomo (1956), patrocinado por la AEU.

En 1957 Premio internacional de Poesía en Budapest, otorgado por la Federación Mundial de Juventudes Democráticas.

En 1958 ganó el premio Filadelfio Salazar, de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Sus poemas abordan tanto la temática amorosa como la político-ideológica.

Roque Dalton escribió de él:

"quedará como un espléndido testimonio de pasión, confeccionado en el lenguaje necesario para conmover a los hombres de este tiempo en que él, como los precursores y los adelantados de siempre, pasó como una ráfaga de fuerza y de autenticidad".



Arte poética

Hermosa encuentra la vida
quien la construye hermosa.
Por eso amo en ti
lo que tú amas en mí:
La lucha por la construcción
hermosa de nuestro planeta.

(De: *Vámonos patria a caminar*)

fue glorificado
 en las manos de las masas,
porque cayó luchando
por las multitudes
de su tiempo,
contra los viles
de su tiempo,
 y por el amor,
 la bondad
 y la humanidad
de todos los tiempos!
Y porque habló y luchó
por todos nosotros
 yo,
marxista
del siglo veinte,
le glorifico y le amo.
Y digo:
 aprended
 de aquel hombre,
que amó tanto a su clase,
hasta morir por ella,
la tarde de una amarga
 primavera
romana,
 azul, tranquila, pupilar,
pero amarga y amarga.

III

Y aún
cuando
 la clase
 de los pobres tiene,
a veces,
tan sólo confusa idea
 de aquel hombre
nombrado el Espartaco,

no lo ha olvidado jamás,
ni lo olvidará
jamás de los jamases.
Y es que aquel rebelde
fue un abanderado de su clase
y cayó por ella,
con el nombre
del alba
abriendo las alas
en sus labios.

IV

Y en estos últimos
siglos,
ha alcanzado su clase,
la de los pobres,
tan importantes victorias,
que si el compañero
Espartaco
estuviera a nuestro lado,
sería tan dulce su alegría
como perfume de naranjo en fruto.

Estaría luminosamente feliz,
por los triunfos de su clase,
la de los pobres,
que recorre hoy el mundo,
con paso universal
de multitudes
victoriosas!

(De: *Vámonos, Patria a caminar*)

El gran inconforme

I

Nunca preguntéis
a un hombre
si sufre,
porque siempre
se está sufriendo
en alguna forma
y en algún camino.

Hoy,
por ejemplo,
sufro tu dolor,
patria mía,
hasta lo más alto
de mi alma.
Y no puedo
escapar,
llagado
como estoy
de tu tragedia.
Debo vivirte,
porque no he nacido
para darte
el contrapecho
de mi vida,
sino lo más noble
y provechoso que tengo:
la vida de mi vida,
la dignidad y su ternura.

II

Si alguien
sufre tanto contigo,
ese pobre hombre
tengo que ser yo,

yo que sufro tus limosneros,
tus prostitutas,
tus hambrientos,
tus asperas colonias populares,
donde tienen sus nidos
los buitres del hambre y del frío.
Pero yo no te sufro
sólo con los ojos
abiertos,
sino con toda la herida,
tanto del alma
como del cuerpo,
porque soy, antes que nada,
el gran inconforme
que anda
debajo de la piel
de todos,
esperando su hora,
porque nadie
como los pueblos
saben,
que no se puede
renunciar jamás
a la lucha,
porque tampoco,
se puede renunciar
nunca a la victoria.

(De: *Vámonos, Patria, a caminar*)

El hambre

Tú no la ves venir.
Ella está siempre contigo.
En el lejano fondo de ti,
obrero de mi país,
agazapada como un recuerdo.
Ella habla en gris con la mañana,
por el rostro de tus hijos,
de tu pobre y tu callada mujer,
y de tu gesto más amargo,
que no terminó nunca
de apartarse de ti.

Ella se despierta
todas las madrugadas,
cuando la noche
es todavía joven para ti.
Y cuando para ti y los tuyos
llega la noche,
el día no ha terminado
todavía para ella,
que se sigue alimentando
de las pocas fuerzas
que te ha dejado el patrón.

Ella sólo puede pronunciar
una palabra
en todos los idiomas:
comer.
Y cuando no tienes con qué,
entonces ella, rabiosa que es,
te muerde hasta que ya no te quedan
ni siquiera fuerzas para poder llorar.
Y tú, como nadie, sufres,
porque también los tuyos

alzan sus tristísimos ojos
y se quedan viendo el horizonte
todo el tiempo
como si el alba
de los peores días
aún estuviera por llegar.
Ella tiene un patrón,
obrero de mi país,
el mismo que tienes tú.
Y sólo cuando te liberes de verdad
se habrá acabado ella para ti.
La tendrás domesticada, en tus manos.
Y no tendrás campanas suficientes
para repicar en grande tu alegría.
Entonces los tuyos ya no verán
la distancia, obrero de mi país,
como si el alba de los peores días
aún estuviera por venir.

(De: *Vámonos, patria, a caminar*)

Estratega a contrapecho del hombre

Coronel,
tú que tienes
las armas y el poder,
puedes mandar
a bombardear
nuestras montañas,
que su tranquilo
pecho
de esperanza y pájaro
jamás huirá
despavorida hacia el viento.

Coronel,
Tú que tienes
las armas y el poder,
puedes mandar
a matar
a quien te dé la gana;
a encarcelar
a quien se atreva
al coraje de la frente
en alto,
gallarda y luminosa
como son las frentes
de los dignos.

Coronel,
tú que tienes
las armas y el poder,
puedes
enviar a cerrar un instituto;
a herir el dulce futuro
de la patria con la tarascada
gris y salvaje
de tus malditas balas

y a uniformar
el orgullo civil
del quetzal postprimario.

Pero todo será en vano,
coronel,
porque tú no puedes,
con tu impotencia milenaria,
mandar a bombardear,
a matar y encarcelar,
a uniformar
la inconformidad
de un pueblo entero.
Esa es la lucha,
coronel,
y en esa lucha
tú llevas
la peor parte,
porque tú,
coronel,
piensas
del hombre para atrás
y el pueblo piensa
del hombre
hacia adelante.

He ahí,
pues,
coronel,
estratega
a contrapecho
del hombre,
por qué tienes
de antemano
perdida la batalla
en contra de
nosotros.

(De: *Vámonos patria a caminar*)

Frente al balance, mañana

Y cuando se haga
el entusiasta recuento
de nuestro tiempo
por los que todavía
no han nacido,
pero que se anuncian
con un rostro
más bondadoso,
saldremos gananciosos
los que más hemos
sufrido de él.

Y es que adelantarse
uno a su tiempo
es sufrir mucho de él.

Pero es bello amar al mundo
con los ojos
de los que no han nacido
todavía.
Y espléndido
saberse ya un victorioso
cuando todo en torno a uno
es aún tan frío y tan oscuro.

(De: *Vámonos, Patria, a caminar.*)

Holocausto del amor

Yo, que pregoné el amor,
la ternura entre los hombres,
debo gritar, odiar, señalar
al cobarde con un dedo
más quemante que el fuego.

Qué terrible mi tiempo!
Cuando quisiera leer
el color de las orquídeas;
comprender el idioma azul
de nuestros lagos;
y galopar un cerezo sonoro,
tengo que estallar
como un disparo oscuro
y escapar, en la noche,
de los sueños más dulces.

Yo, que amo 24 horas al día,
que tengo el corazón
más grande
que el tiempo, no puedo amar
ciegamente, desatando mi alma
sus corceles de besos.

Qué terrible mi tiempo!
Cuando quisiera inclinar
mi frente al fondo
del regazo que amo;
localizar mi rostro
en un recodo de tus ojos;
ayudar a que vuelen tus labios
hacia el fuego
y enseñarte una a una
las virtudes del agua; presentarte a mi amigo,

el otoño,
cuando fuma su pipa
de hojas amarillas,
recostado como viejo marinero
a la orilla del sueño;
cuando quisiera venir y decirte:
mirad la espuma amor mío,
mirad qué ancho el cielo,
y tenderme contigo
junto a la raíz madura del trigo,
yo, tengo que decirte adiós.
Desde mi sangre que enviuda.
Desde mis manos que lloran.
Desde mi alma que se quiebra
en tu dolor, que llueve
desde muy adentro de tus ojos.

(De: *Vámonos, Patria, a caminar*)

Holocausto optimista

¡Qué terrible mi tiempo!
Y sin embargo, fue mi tiempo.
No lo impuse yo, tan sólo
me tocó hundir mis pasos
en su vientre
y caminar con el fango
hasta el alma,
llenarme la cara de lodo,
entubiarne la pupila
con el agua sucia
y marchar
hacia la orilla futura
dejando una huella
horripilante
que hederá
para todos los tiempos.
Y sin embargo, fue mi tiempo.
Pustolento. Perruno. Horrendo.
Creado por el lobo, en verdad.
Sufrido por el hombre, a verdad.
Destruído con odio y muerte
en nombre del amor y la vida.

¡Qué terrible mi tiempo!

Y sin embargo, fue mi tiempo.
Hombres del futuro, cuando
penséis en nuestro tiempo,
no penséis en los hombres,
pensad en las bestias
que fuimos mordiéndonos
a dentelladas homicidas
los pedazos de alma
que tuvimos,

pero pensad también
que en este combate
entre animales
se murieron las bestias
para todos los siglos
y nació el hombre,
lo único bueno de mi tiempo.
Y que en medio de todo,
algunos vimos,
llenos de telarañas
y de polvo genésico,
cómo el hombre
fue venciendo a la bestia.
Y cómo el futuro
se acercaba
con una estrella
en los cabellos,
cuando moría
la bestia
bajo el peso
del hombre.

(De: *Vámonos, Patria, a caminar*)

Informe de una injusticia

Tal vez no lo imagines,
pero aquí,
delante de mis ojos,
una anciana,
Damiana Murcia, v. de García,
de 77 años de ceniza,
debajo de la lluvia,
junto a sus muebles
rotos, sucios, viejos,
recibe
sobre la curva de su espalda
toda la injusticia
maldita
del sistema de lo mío y lo tuyo.

Por ser pobre,
los juzgados de los ricos
ordenaron desahucio.
Quizá ya no conozcas
más esta palabra.
Así de noble
es el mundo donde vives.
Poco a poco
van perdiendo ahí
su crueldad
las amargas palabras.
Y cada día,
como el amanecer,
surgen nuevos vocablos,
todos llenos de amor
y de ternura para el hombre.

Desahucio.
¿Cómo aclararte?

Sabes, aquí,
cuando no puedes pagar el alquiler,
las autoridades de los ricos
vienen y te lanzan
con todas tus cosas
a la calles.
Y te quedas sin techo
para la altura de tus sueños.
Eso significa la palabra
desahucio: soledad
abierta al cielo, al ojo juzgor
y miserable.

Este es el mundo libre, dicen.
¡Qué bien que tú
ya no conozcas
estas horrendas libertades!

Damiana Murcia, v. de García,
es muy pequeña,
sabes,
y ha de tener tantísimo frío.
¡Qué grande ha de ser su soledad!

No te imaginas
lo que duelen estas injusticias.
Normales son entre nosotros.
Lo anormal es la ternura
y el odio que se tiene a la pobreza.
Por eso hoy más que siempre
amo tu mundo.
Lo entiendo,
lo glorifico
atronado de cósmicos orgullos.
Y me pregunto:
¿Por qué, entre nosotros,
sufren tanto los ancianos,

si todos se harán viejos algún día?

Pero lo peor de todo
es la costumbre.
El hombre pierde su humanidad
y ya no tiene importancia para él
lo enorme del dolor ajeno,
y come,
y ríe,
y se olvida de todo.
Yo no quiero
para ninguno
estas cosas.
Yo no quiero
para nadie en el mundo
estas cosas.
Y digo yo,
por qué el dolor
debe llevar
claramente establecida su aureola.

Ahora compárame en el tiempo.
Y dile a tus amigos
que la risa mía
se me ha vuelto una mueca
grotesca
en medio de la cara.
Y que digo amen a su mundo.
Y lo construyan bello.
Y que me alegro mucho
de que ya no conozcan
injusticias
tan hondas y abundantes.

(De: *Vámonos, Patria, a caminar.*)

Intelectuales apolíticos

I

Un día,
los intelectuales
apolíticos
de mi país
serán interrogados
por el hombre
sencillo
de nuestro pueblo.

Se les preguntará
sobre lo que hicieron
cuando
la patria se apagaba
lentamente,
como una hoguera dulce,
pequeña y sola.

No serán interrogados
sobre sus trajes,
ni sobre sus largas
siestas
después de la merienda,
tampoco sobre sus estériles
combates con la nada,
ni sobre su ontológica
manera
de llegar a las monedas.
No se les interrogará
sobre la mitología griega,
ni sobre el asco
que sintieron de sí,
cuando alguien, en su fondo,
se disponía a morir cobardemente.

Nada se les preguntará
sobre sus justificaciones
absurdas,
crecidas a la sombra
de una mentira rotunda.

II

Ese día vendrán
los hombres sencillos.
Los que nunca cupieron
en los libros y versos
de los intelectuales apolíticos,
pero que llegaban todos los días
a dejarles la leche y el pan,
los huevos y las tortillas,
los que les cosían la ropa,
los que le manejaban los carros,
les cuidaban sus perros y jardines,
y trabajaban para ellos,
y preguntarán,
«¿Qué hicisteis cuando los pobres
sufrían, y se quemaba en ellos,
gravemente, la ternura y la vida?»

III

Intelectuales apolíticos
de mi dulce país,
no podréis responder nada.

Os devorará un buitre de silencio
las entrañas.
Os roerá el alma
vuestra propia miseria.
Y callaréis,
avergonzados de vosotros.

De: *Vámonos, Patria, a caminar*)

La libertad, dices

La libertad,
me dices,
es lo más bello
que existe
en nuestro joven
planeta.
Sin ella
no se puede vivir;
es como el oxígeno
del alma.
Si tú la tienes,
ya no la puedes
perder,
porque te morirías
de tan inmenso dolor.

Ella no se conquista.
Se lleva sencillamente,
como la tarde,
en el fondo del corazón.

Pero yo que vivo
y sufro mi país
como ninguno,
no estoy de acuerdo
contigo.
Los hombres de aquí
no han sido libres jamás.
A muchos ya ni les importa
si la cadena es gruesa
y más gruesa cada día.
No les conmueve saber
que la patria
como una triste y dulce

golondrina,
agoniza lentamente,
rodeada por el frío
y la miserable indiferencia
de sus hijos.
Ni tú conoces,
además,
la torpe dictadura
que sufrimos en mi país.
Ni has perdido
jamás tu libertad.

Y tu risa,
es la más alegre
de todas la risas
que conozco.

Tu patria
es ya un suceso
de simples madrugadas,
que canta en alba
para ti y los tuyos.

Pero algún día
nosotros
también seremos libres.
Entonces,
tendremos
que defender
todos los días
nuestra libertad,
haciendo roncros sacrificios
de ternura y bondad.

En nosotros
está la libertad,
como, en la noche

la aurora,
y de nuestra
atronadora voluntad
está marcada ya
la digital
de su rostro.
También a la libertad
hay que acostumbrarse
para amarla,
y se la debe cuidar
cada segundo,
porque durante mucho
tiempo
se la busca
para matarle a golpes
su suave y claro
corazón de multitudes.

Pero ante todo,
cuando no se la tiene,
cuando no se conocen
los gestos peculiares
de su rostro,
entonces se debe luchar
por encontrarla,
por liberarla
de la más honda tiniebla.
Así la libertad
es el logro estupendo
de los que nunca
han sido libres de verdad.
Y una vez alcanzada,
su acción
debe repetirse
durante toda la vida.

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

La tumba de Dios

Sucedan cosas
tan extrañas
en mi pequeño país,
que si de verdad
hubiera cristianos
creerían,
sin duda,
en la muerte
auténtica de Dios.

Un hombre,
por ejemplo,
es empujado
por lo gigante
de su hambre
y roba,
porque tiene
que robar.
Se le condena
luego
a veinte años
de cárcel.

Pensad un momento lo que cuesta
saciarse el hambre:
¡Veinte años
encerrado
en 4 x 4 metros!

Pero
los accionistas
principales
de los bancos
que perpetran
negocios

y cosechan apolausos
andan tranquilamente
por las calles.

Pensad
otro momento:
¿De dónde
sale tanta riqueza?
¿La han hecho
ellos,
quizá,
con el sudor
de su frente
y los callos
de sus manos?

Responded vosotros
la pregunta.

El comerciante
de la ciudad
principal
que a las ocho
llega a misa
y a las once
busca el bar,
exhibe,
después de un devoto:
¡Salud!,
su boleto para entrar al cielo
si le toca morir
en sobresalto.
Señala terco
la firma del santo papa
y agrega reciamente:
“¡Me costó
quinientas tuisas!”

Yo sólo digo:
ellos tienen
todavía
la mitad del mundo
para viajar y emputecerse.

Pero el hambriento
principal
de mi ciudad
se quedará
si la bomba
le sorprende
en su trabajo.

Algo es cierto de todo.
Jamás pasarán
por el ojo de la aguja
los camellos,
pero los ricos
han comprado ya,
sin negarlo,
el reino de sus cielos.

En verdad, pienso,
si hubiera cristianos
en mi pequeño país,
donde suceden
cosas tan horrendas,
creerían
en la muerte cierta
de su dios,
sin duda alguna.

¡Falsos cristianos,
la tumba de cualquier dios
está en vosotros!

(De: *Vámonos, Patria, a caminar.*)

Libertad

Tenemos
por ti
tantos golpes
acumulados
en la piel,
que ya ni de pie
cabemos en la muerte.

En mi país,
la libertad no es sólo
un delicado viento del alma,
sino también un coraje de piel.

En cada milímetro
de su llanura infinita
está tu nombre escrito:
libertad.

En las manos torturadas.
En los ojos,
abiertos al asombro
del luto.
En la frente,
cuando ella aletea dignidad.
En el pecho,
donde un aguante varón
nos crece en grande.
En la espalda y los pies
que sufren tanto.
En los testículos,
orgullecidos de sí.

Ahí tu nombre,
tu suave y tierno nombre,

cantando en esperanza y coraje.

Hemos sufrido
en tantas partes
los golpes del verdugo
y escrito en tan poca piel
tantas veces su nombre,
que ya no podemos morir,
porque la libertad
no tiene muerte.

Nos pueden
seguir golpeando,
que conste, si pueden.
Tú siempre serás la victoriosa,
libertad.

Y cuando nosotros
disparemos
el último cartucho,
tú serás la primera
que cante en la garganta
de mis compatriotas,
libertad.

Porque
nada hay más bello
sobre la anchura
de la tierra,
que un pueblo libre,
gallardo pie,
sobre un sistema
que concluye.

La libertad,
entonces,
vigila y sueña

cuando nosotros
entramos a la noche
o llegamos al día,
suavemente enamorados
de su nombre tan bello:
libertad.

Fuente: *Poesía Guatemalteca*

Los fusilados

Los llevaron lejos de la ciudad
y no volvieron a llorar sus ojos
sobre las grises calles de mi país;
ni volvió más la brisa a disolver
su frente contra los carceleros
ni el luto dobló más su cintura
en las pupilas claras del sol;
ni el andamio biológico del puño
se trepó de sombra.

Las calles, las casas, los sueños
los vieron pasar hacia la muerte
con la ternura flotando alegre
sobre sus sienes de floresta,
pero de cada rostro nacían pájaros
que buscaban el regazo de la aurora
llenándola de un no sé qué de amor
caído desde lo alto de una lágrima...

De pie marchaban, silvestres y humanos.
Amarrados, como el cabello de las mujeres
populares, salían al encuentro de la muerte
con una canción universal en la garganta
poblada de milpales soberbios. ¡Otra vez
la muerte amenazando, subiendo otra vez
las gotas del martirio hasta el aliento...!

Custodiándolos, los verdugos reían.
Y bebían la silenciosa integridad de sus jilgueros
con el mismo rostro de raíces castigadas,
con la misma estatura corta de la brisa,
con el mismo color de río sin afluentes
pero con diferente emoción y pensamiento
sobre el puño oloroso de los jardines...

Salieron de la ciudad a las doce
de la noche. Atrás, las luces decían
adiós con sus pupilas espigadas.
Atrás, la ciudad, sin alas, se quedaba
con los enamorados, su lecho y su sonrisa...
No volvieron más hacia las cárceles
porque hundieron sus raíces biológicas
en el mismísimo corazón del pueblo.

“¡Han matado! ¡Han matado
muchos obreros esta mañana!
lo dice el pueblo llorando por boca de sus paredes—.
“Fuera de la ciudad capital
esbirros del gobierno han matado
prisioneros políticos y apolíticos:
albañiles de una primavera que comienza.”
“¡Han matado! ¡Han matado hombres
que solían amar la salida del sol,
besar la semilla de la brisa,
acunar la caída del crepúsculo,
besar la frente de los hijos,
morir por la vida de una rosa,
pelear con la hoz por el pueblo,
levantar el martillo por la vida,
amar al pobre sobre todas las cosas
y pelear por su futuro con los dientes.”

Los llevaron lejos de la ciudad
y dejaron sus sienes floreciendo
orgullosos maizales, eternizados
estarán ahora debajo de la tierra
soportando con sus hombros inmensos
todo el futuro del mundo...

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

Mañana triunfante

Estoy seguro.
Mañana, otros poetas buscarán
el amor y las palabras dormidas
en la lluvia.
Puede ser que vengan
con las cuencas vacías a llenarse
de mar y paisaje.
Hoy, la amargura y la miseria
rondan mis bolsillos
abiertos en la noche
a las estrellas.
Mañana, para mi júbilo repicando
en las paredes,
la novia tendrá a su más bella
campana hecha de mar y arena
de lluvia y panorama.
Mañana me amarán los ríos
por haber pegado propaganda
en la noche de la patria:
ellos se encargarán de recordar
mi nombre.
Y con su rostro de sonrisa
la más humilde campesina
escribirá la poesía de amor
que no salió de mi garganta.
El rostro de un niño alimentando
escribirá lo que detuvo
un grito de combate en mis arterias.
Las palomas volando entre la espuma
serán lágrimas de amor que no temblaron
en mis párpados.
Mañana, cuando no intervengan en Corea
para rodear de sombras la sonrisa
y no quieran detener la roja estrella

que llevan los quetzales en el pecho,
entonces los poetas
firmarán su canto con rosales.

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

Nunca estoy solo

De veras, nunca estoy solo.
Tan solo estoy triste
cuando tus ojos
huyen
del sitio
en que debimos
encontrarnos
por la tarde.
Ahora
se pudre la espera
debajo del tiempo,
del tiempo que se ríe
de mí, gran amador,
desprovisto de amada
en búsqueda siempre

(De: *Vámonos, Patria, a caminar*)

Permanece conmigo

Quédate conmigo
esta tarde
para siempre,
 amor mío.
Luego podrás
 marcharte.
Hacia donde te empujen
las olas
 de la vida;
hacia donde quieran volar
las alondras fluviales
de tu dulce cabello.

Pero antes,
quédate en el fondo
de mis ojos,
en la pupila del alma!

Fuente: *Cuadernos de Guatemala, n.º.3:*
Homenaje a Otto René Castillo

Respuesta

Si me preguntaras
qué es lo que más quiero
sobre la anchura de la tierra,
yo te contestaría:
a tí, amor mío, y a la gente
sencilla de mi pueblo.

Dulce eres, como la tierra.
como ella frutal y hermosa.
Pero a tí te quiero.
No por bella que eres.
Ni por lo fluvial de tus ojos,
cuando ven que voy y vengo,
buscando, como un ciego, el color
que se me ha perdido en la memoria.
Ni por lo salvaje de tu cuerpo indomable.
Ni por la rosa de fuego, que se entrega
cuando la levanto del fondo de la sangre
con las manos jardineras de mis besos.
A tí te quiero, porque eres la mía.
La compañera que la vida me dió,
para ir luchando por el mundo.
Amo a la gente sencilla de mi pueblo,
porque son sangre que necesito,
cuando sufro y me desangro;
hombres que me necesitan cuando sufren.
Porque nosotros somos los más fuertes,
pero también los más debiles. Somos la lágrima.
La sonrisa. Lo dolorosamente humano. La unidad
de lo mejor y de lo más deplorable. Lo que canta
sobre la tierra y lo que llora sobre ella.
De ellos recibí esta voz, este corazón inquieto
que me apoya y me fortalece y me lleva consigo.
Por eso los amo como son

y también como serán.
Porque ellos son buenos
y serán mejores.
Y juntos nos jugamos
el destino, con nuestras
manos que todo lo construyen.
Así amo yo la vida
y amo a la humanidad,
amor mío,
cuando te amo y amo
a los hombres sencillos
de mi bello y horrendo país.

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

Retorno al dolor de todos

He vuelto
después de cinco años.
Y sola estaba la calle
para mí.
Este viejo viento
que conozco desde niño,
caracoleó un poco en mis cabellos
y se quedó ahí de pie, y alegre
tal vez por mi regreso.

De los amigos,
ninguno estaba para verse.
Casi todos siguen lo mismo,
me dijeron vagamente,
pero su piel
se ha vuelto grave ya.
Casi todos también
laborando en la sombra,
dejando
con su vejez
una dura y amarga constancia
de su lucha.

Algunos, sin embargo,
se han cansado ya y le dieron
las espaldas al pueblo y a su frente.
Para poder comer y dormir
mejor
se despojaron de sí,
se convirtieron tristemente
en el gusano que odiaban
y ahora reptan,
hondo,
en la inmundicia,

donde se hartan
junto a las bestias.

A pesar de todo,
han sido muy pocos los traidores,
los que un día
temblarán
ante la furia
múltiple
del pueblo
y pedirán perdón
y serán dura,
cierta,
justamente
castigados,
porque ellos
siempre supieron
lo que estaban haciendo.

He vuelto
después de cinco años.
Y nadie
pudo acudir a saludarme.
Ni aun aquellos
para quienes he vivido
luchando, gritando:
“¡Vosotros sois grandes,
poderosos, y unidos podéis
hacer más llevadera la vida.
Sublevaos!”.

Ni aún ellos me recuerdan.
Mis compatriotas
siguen y siguen sufriendo
diariamente.
Tal vez ahora
un poco más que siempre.

He vuelto, digo.
Y estoy aquí,
para seguir luchando.
Y aunque,
a veces,
me ardan otras lunas
muy lejanas y muy bellas
en la piel,
me quedaré con todos,
a sufrir con todos,
a luchar con todos,
a envejecer con todos.

A su regreso,
dirán después los hombres,
no hubo nadie, no hubo nada,
a no ser la calle sola
y este viejo viento
que conoció de niño,
hace ya tanta estrella
y tanta, tanta lluvia.

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

Revolución

Los que no ven
nos dicen ciegos,
pero tú nos has enseñado
a ver el color
del tiempo que viene.
Los que no oyen
nos dicen sordos,
pero tú nos has enseñado
a escuchar en todas partes
el ágil sonido
de la ternura humana.
Los cobardes nos dicen cobardes,
pero contigo nos enfrentamos
a las sombras
y les cambiamos el rostro.
Los criminales nos dicen criminales,
pero contigo revivimos la esperanza,
le marcamos el alto al crimen,
a la prostitución,
al hambre.
Y le ponemos ojos,
Voz,
oídos,
alma,
al corazón del hombre.
Los racistas nos dicen antihumanos,
pero contigo le damos al odio
su tumba mundial
en la ciudad de los abrazos.
Nos dicen tantas cosas.
Y los que las pronuncian
olvidan,
estúpidos que son,
que sus nietos amarán mañana jubilosamente

la palabra estrellada
de tu nombre: revolución

(De: *Otto René Castillo: Su vida y obra*)

Tu hombre se despide, amor mío

Me voy
pero no te preocupes
si antes del otoño
no he vuelto todavía.

Es lejos mi país
y sufre tanto,
que uno es incapaz
de ser feliz,
lejos de sus torres.

Aquí lo tengo todo.
Nada me falta,
ni siquiera mi soledad.
De todos los guatemaltecos
pobres, yo soy quizá
una excepción ahora.
Y como mi vida entera
luché contra toda excepción,
porque quiero siempre
que la misma sea la regla,
tengo que irme, así de común,
barato de egoísmos.

Me voy,
pero no te preocupes
si tardó un poco en el regreso.
Un día en otoño me verás llegar.
De lejos, con polvo aún en los cabellos.
Y muchos golpes recibidos, mucha hambre.
Por ese simple día, amor mío,
habré luchado muchos años.

Por ese simple día, amor mío,
habré esperado muchos días.
En lo alto de mis ojos
verás que aún persigo
una estrella lejana
y que no he podido volver
sobre mis pasos,
porque la luz del alba
me sigue seduciendo.

Amor mío,
tu hombre se va de nuevo
a los combates por la dicha.

De: *Vámonos patria a caminar*)

Vámonos, patria, a caminar

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.
Yo bajaré los abismos que me digas.
Yo beberé tus cálices amargos.
Yo me quedaré ciego para que tengas ojos.
Yo me quedaré sin voz para que tú cantes.
Yo he de morir para que tú no mueras,
para que emerja tu rostro flameando al horizonte
de cada flor que nazca de mis huesos.
Tiene que ser así, indiscutiblemente.
Ya me cansé de llevar tus lágrimas conmigo.
Ahora quiero caminar contigo, relampagueante.
Acompañarte en tu jornada, porque soy un hombre
del pueblo, nacido en octubre para la faz del mundo.
Ay, patria,
a los coroneles que orinan tus muros
tenemos que arrancarlos de raíces,
colgarlos de un árbol de rocío agudo,
violento de cóleras de pueblo.
Por ello pido que caminemos juntos. Siempre
con los campesinos agrarios
y los obreros sindicales,
con el que tenga un corazón para quererte.
Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

(De; *Vámonos, Patria, a caminar*)

Viudo del mundo

Compañeros míos
yo cumplo mi papel
luchando
con lo mejor que tengo.
Qué lástima que tuviera
vida tan pequeña,
para tragedia tan grande
y para tanto trabajo.

No me apena dejaros.
Con vosotros queda mi esperanza.

Sabéis,
me hubiera gustado
llegar hasta el final
de todos estos ajetreos
con vosotros,
en medio de júbilo
tan alto. Lo imagino
y no quisiera marcharme.
Pero lo sé, oscuramente
me lo dice la sangre
con su tímida voz,
que muy pronto
quedaré viudo de mundo.

(De; *Vámonos, Patria, a caminar*)

Bibliografía

- *Vámonos patria, a caminar, yo te acompaño*
- *Arte Poética: Otto René Castillo: Poemas*
- *Homenaje a Otto René Castillo*
- *Otto René, biografía y antología*
- *Otto René Castillo: Poemas selectos*
- *Otto René Castillo: Biografía y Selección poética*
- *Rebelión: Otto René: las lanzas y las letras*
- *A media voz: Poemas de Otto René Castillo*
- *Otto René Castillo en Wikipedia*



Índice

3	Semblanza
5	Arte poética
6	Compañero Espartaco
9	El gran inconforme
11	El hambre
13	Estrategia a contrapecho del hombre
15	Frente al balance, mañana
16	Holocausto del amor
18	Holocausto optimista
20	Informe de una injusticia
23	Intelectuales apolíticos
25	La libertad, dices
28	La tumba de Dios
31	Libertad
34	Los fusilados
36	Mañana triunfante
38	Nunca estoy solo
39	Permanece conmigo
40	Respuesta
42	Retorno al dolor de todos
45	Revolución
47	Tu hombre se despide, amor mío
49	Vámonos, patria, a caminar
50	Viudo del mundo
51	Bibliografía



Colección de Poesía Crítica
“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|----|-------------------------|----|-----------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymerich | 32 | Raúl González Tuñón |
| 2 | León Felipe | 33 | Heberto Padilla |
| 3 | Pablo Neruda | 34 | Wole Soyinka |
| 4 | Bertolt Brecht | 35 | Fadwa Tuqan |
| 5 | Gloria Fuertes | 36 | Juan Gelman |
| 6 | Blas de Otero | 37 | Manuel Scorza |
| 7 | Mario Benedetti | 38 | David Eloy Rodríguez |
| 8 | Erich Fried | 39 | Lawrence Ferlinghetti |
| 9 | Gabriel Celaya | 40 | Francisca Aguirre |
| 10 | Adrienne Rich | 41 | Fayad Jamís |
| 11 | Miguel Hernández | 42 | Luis Cernuda |
| 12 | Roque Dalton | 43 | Elvio Romero |
| 13 | Allen Ginsberg | 44 | Agostinho Neto |
| 14 | Antonio Orihuela | 45 | Dunya Mikhail |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 46 | David González |
| 16 | Jorge Riechmann | 47 | Jesús Munárriz |
| 17 | Ernesto Cardenal | 48 | Álvaro Yunque |
| 18 | Eduardo Galeano | 49 | Elías Letelier |
| 19 | Marcos Ana | 50 | María Ángeles Maeso |
| 20 | Nazim Hikmet | 51 | Pedro Mir |
| 21 | Rafael Alberti | 52 | Jorge Debravo |
| 22 | Nicolás Guillén | 53 | Roberto Sosa |
| 23 | Jesús López Pacheco | 54 | Mahmud Darwish |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 55 | Gioconda Belli |
| 25 | Denise Levertov | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 26 | Salustiano Martín | 57 | Otto René Castillo |
| 27 | César Vallejo | 58 | Kenneth Rexroth |
| 28 | Óscar Alfaro | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 60 | María Beneyto |
| 30 | Elena Cabrejas | | |
| 31 | Enrique Falcón | | <i>Continuará</i> |



Cuaderno n°. 57 de Poesía Social

Entre los poetas míos...

Otto René Castillo

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Novbre., 2013

ΩΑ